

Vital Para EU, el Estatus en la Frontera

Evolución Política y Seguridad

- ★ Necesario que Cambie la Relación Interna de Poder
- ★ Democratización Gradual Para el Sistema y el PRI
- ★ Proceso Cargado de Peligro Para la Elite Mexicana

LORENZO MEYER

Uno podrá estar en desacuerdo con el PRI, pero ello no tiene por qué ser un obstáculo para admirar su innegable capacidad para manipular en su favor a las fuerzas externas en los momentos críticos.

Ahora podemos apreciar mejor que nunca el enorme valor de la movilización del apoyo internacional que lograron el Presidente Salinas y su partido. No se necesita un gran esfuerzo de imaginación para darse cuenta del terrible problema que se le hubiera creado al PRI y al gobierno si en 1988 ese mundo externo hubiera puesto a ambos una parte de la presión que finalmente le puso a los sandinistas para obligarles a

28-II-90

celebrar elecciones sin sombra de sospecha. Si los votos mexicanos de entonces se hubieran contado con la celeridad y acuciosidad de los nicaragüenses, es probable que el candidato presidencial del partido gobernante la hubiera pasado peor de lo que la pasó.

Como se recordará, en 1988 ese mundo externo en toda su pluralidad —que abarcó desde Ronald Reagan hasta Fidel Castro— dio su voto en favor del PRI y lo sigue dando desde entonces, particularmente Estados Unidos.

Desde la perspectiva de los círculos oficiales y de poder de los países con los que México mantiene relaciones, en nuestro país no fue necesaria la presencia de ningún observador externo para aceptar el valor de las cifras oficiales; bastó la palabra del gobierno para reconfirmar la legitimidad del régimen. Sin embargo, al lado de quienes oficialmente en las grandes potencias no tienen más que términos de elogio para el actual gobierno mexicano, funcionan

equipos de estudiosos profesionales que siguen muy de cerca el proceso político mexicano, y que saben perfectamente que la situación mexicana no es la que se afirma en el discurso oficial. En estos círculos de expertos, cuya tarea es presentar la realidad mexicana tal como es y no como se quisiera que fuera, hay una mezcla de confianza con preocupación respecto al futuro de nuestro país. La razón de tal estado de ánimo se encuentra en los efectos desestabilizadores que pudieran tener en las estructuras políticas envejecidas y deslegitimadas de nuestro país, los cambios económicos del neoliberalismo.

Un ejemplo interesante de lo anterior se tiene en el folleto publicado en el otoño del año pasado por el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres. Se trata de un trabajo elaborado por el teniente coronel Michael J. Dziedzic, profesor de ciencia política de la Academia de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, y que se titula: México: los desafíos convergentes (Mexico:

Converging Challenges, Adelphi Papers No. 242).

★
No es común encontrarse con análisis políticos globales sobre nuestro país elaborados por militares extranjeros (y menos aún por nacionales). Este al que hoy me refiero, es un trabajo relativamente breve (89 páginas), pero bien armado y razonado, y por tanto vale la pena tenerlo en cuenta como una visión hecha a partir de las preocupaciones que México despierta entre los interesados profesionalmente en los temas que afectan, o pueden afectar, la seguridad norteamericana.

El teniente coronel Dziedzic parte de una definición del interés norteamericano en México desde la perspectiva de la seguridad. En su papel de potencia global, Estados Unidos ha disfrutado desde 1945 de una ventaja sobre la Unión Soviética: sus dos fronteras no requieren de ningún despliegue permanente de fuerza militar. Este hecho, le ha permitido al gobierno de Washington hacer un enorme ahorro en su gasto militar y por más de cuarenta años le ha facilitado concentrar el grueso de sus recursos en la OTAN. En contraste, los soviéticos han tenido que enfrentar a las potencias occidentales en la Europa del Este y, a la vez, cubrir con varios millones de hombres sus otras fronteras: con China, Afganistán, Irán y Turquía. Ese enorme gasto militar soviético es una de las tantas razones que explican la crisis actual de la URSS y de su posición como potencia global.

En los años por venir, la guerra fría ya no será la preocupación central norteamericana, pero ello no disminuye en gran cosa la necesidad estratégica de mantener el statu quo en la frontera mexicano-norteamericana. Los grandes déficit fiscal y externo de Estados Unidos lo obligarán a observar una relativa austeridad en su gasto militar, de ahí que siga siendo muy atractivo desde el punto de vista del interés nacional norteamericano, que México preserve las dos características centrales que le han permitido a Estados Unidos entenderse militarmente de sus tres mil kilómetros de frontera sur: a) estabilidad política; y b) relaciones no antagonicas con Estados Unidos.

★
La estabilidad y la relación no antagonica de México con Estados Unidos en la posguerra han sido, en buena medida, producto del sistema político mexicano, y que el autor en cuestión describe como uno donde hasta hace muy poco: "El poder está centralizado, con las posiciones fundamentales de los poderes Ejecutivo y Legislativo monopolizadas por un grupo gobernante muy reducido. Donde las elecciones se llevan a cabo, pero sólo para ofrecer al electorado la oportunidad de confirmar la hegemonía del poder existente. En cualquier caso, este poder no se transfiere a facciones que estén fuera de la élite gobernante, ni se permite a aquellos que se oponen a las decisiones políticas de la élite gobernante que cuenten con medios efectivos y constitucionales para que sus intereses también sean tomados en cuenta" (p. 46).

28-II-90

Ahora bien, si pese a su obvia naturaleza antidemocrática este sistema mantuviera hoy la vitalidad del pasado, no habría necesidad de preocuparse por revalorar la relación mexicano-americana desde una perspectiva estratégica. Desafortunadamente para Estados Unidos, el entorno del sistema político mexicano ha sufrido cambios fundamentales, y aún no está claro que la actual élite gobernante pueda llevar a cabo las modificaciones necesarias para impedir que tales cambios afecten las capacidades del sistema para responder y controlar las demandas sociales que ya están surgiendo.

No se crea que el autor es alarmista. Para nada. Con realismo y una gran simpatía por los esfuerzos reformistas del Presidente Salinas y su grupo, el teniente coronel analiza los desafíos demográfico, económico, político y externo a los que éste se enfrenta y los instrumentos con que cuenta para resolverlos. Al final, concluye que las posibilidades que el salinismo tiene para salir adelante en su empeño por cambiar a México y sin perder el poder son muchas, pero de ninguna manera tanto como para que Estados Unidos pueda dar por descontado el triunfo final del proyecto salinista. Hay que vigilar el proceso.

Lo ideal desde el punto de vista del interés estadounidense, asegura el autor, sería que el salinismo pudiera llevar a cabo una reforma política que forzara al PRI a enfrentar a sus adversarios en las urnas sin el uso de ventajas ilegítimas pero sin perder el poder. El resultado óptimo sería que en un tiempo prudente, ese partido pudiera transformarse en otro que fuera, a la vez, dominante y legítimo. El modelo que el teniente coronel tiene en mente para México es el de la India, donde una oposición fragmentada tiene acceso a parcelas reales de poder y responsabilidad pero no tiene la capacidad para impedir que el partido dominante siga a cargo del proyecto general. La victoria en 1989 de Ernesto Ruffo en Baja California, le hace sentirse moderadamente optimista en este aspecto.

★

El profesor de la Academia de la Fuerza Aérea

acepta que no existe una relación determinista entre las esferas política y económica, y que, en cambio, entre ambas hay una interrelación muy compleja. Sin embargo, lo anterior no le impide ver que en el caso mexicano hay una contradicción fundamental entre un orden que en lo económico es pluralista (neoliberal) y un orden político que es lo opuesto (autoritario). En opinión del militar, esa contradicción fundamental no puede mantenerse indefinidamente sin crear problemas serios a la estabilidad mexicana; es necesario convertir a cada una de las esferas en funcional respecto de la otra.

En vista de lo anterior, y para que la relación mexicano-estadunidense se mantenga con las características que ha tenido desde 1945 a la fecha, es necesario que las relaciones internas de poder en México se modifiquen (p. 82). Ahora bien, esta modificación, podría hacerse de manera gradual, para impedir que el PRI presente a la sociedad mexicana la imagen de una pérdida de su capacidad de gobernar... (p. 76). Es por esta razón que al autor no le resulta del todo repugnante la idea de una democratización selectiva frente a la oposición. En aras de la efectividad, para Estados Unidos resultaría aceptable que por unos años se hiciera caso a los resultados electorales en unos sitios pero no en otros, justamente como ha ocurrido en Baja California y Michoacán respectivamente (de lo contrario, le podría suceder al PRI una catástrofe como la que les acaba de ocurrir a los sandinistas en Nicaragua). Mientras esta democratización gradual

—ilegítima pero realista— tiene lugar, al interior del PRI debería producirse otra. Ambos procesos están cargados de peligros para la élite del poder y para Estados Unidos, pero a la larga son la única solución de largo plazo.

Independientemente de que se esté o no de acuerdo con el diagnóstico o con

la conclusión del estudio publicado por el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos, en él se encuentran dos puntos que seguramente el grueso de los mexicanos encontrarían positivos. Por un lado, el teniente coronel Dziedzic echa un vistazo al ejército mexicano como actor político, y lo encuentra relativamente pequeño (135 mil hombres o sea 3.5 militares por cada mil mexicanos en edad ciudadana), y pese a estar mejor armado de lo que estaba antes del auge petrolero, aún está lejos de ser un ejército realmente moderno y bien preparado para enfrentar la responsabilidad de ejercer directamente el poder. Además, la institución militar mexicana está encuadrada dentro de una compleja estructura que, por la vía de la cooptación y mientras enfrente a una élite política cohesionada, es poco propicia a una alteración de la tradicional subordinación de los mandos militares a los civiles. Esto último podría cambiar radicalmente si por alguna razón el grupo que controla el Estado se fragmentara; en esas circunstancias el peso político relativo de los militares podría aumentar y mucho. En cualquier caso, el ejército mexicano es suficiente para hacer frente a un desafío local a la élite gobernante pero no para enfrentar una situación de descontento generalizado, por ello el uso

de la fuerza (al estilo Tlaxtelolco o "Brigada Blanca" no es ya una alternativa realista al cambio político como forma de hacer frente a los desafíos que enfrenta el sistema político mexicano.

★

El otro punto interesante es este: "A Estados Unidos —concluye el autor—, sentido de urgencia en relación al proceso mexicano lo impulsa a actuar, pero de importancia crucial que lo haga sin herir la sensibilidad nacional mexicana (p. 82). El mundo externo puede apoyar, y de hecho está apoyando, al proyecto encabezado por Carlos Salinas mediante un alivio de la carga de su deuda externa o facilitando el acceso de los productos mexicanos a los mercados de los países industriales, pero de ninguna manera sería conveniente, por improductivo y contraproducente, trata de intervenir directamente en el proceso de cambio político mexicano, pues los problemas centrales que éste enfrenta hoy son básicamente de naturaleza interna, y sólo el proceso interno se encuentra si solución.

A Estados Unidos y a sus aliados les interesa directamente el resultado del proceso de cambio en el que México se ha embarcado pero en su afán de ser "útiles" deben evitar llegar a ser intervencionistas.

Como un análisis sobre México hecho por un militar norteamericano, esta conclusión no está nada mal. Confiemos en que sus superiores militares y civiles la tomen en cuenta, sobre todo en estos tiempos en que a Washington le ha dado por participar de manera muy activa, sin excluir la violencia, en los procesos políticos de varios países latinoamericanos cercanos. Por nuestra parte debemos hacer todo lo posible —gobierno oposición y el conjunto de la sociedad— por alentar en los líderes norteamericanos esta excelente idea de que la intervención en asuntos mexicanos en estos momentos de transformaciones críticas no vale la pena, por contraproducente,